

Alberto Zum Felde: *Proceso intelectual del Uruguay y crítica de su literatura*, T. III. Imprenta Nacional Colorada, Montevideo, 1930, pp. 158-164.

EMILIO FRUGONI

Frugoni se inició en la literatura hacia 1900, estudiante todavía de Derecho, colaborando en diarios y revistas, al margen del movimiento modernista que entonces atraía — con su estremecimiento nuevo — a los jóvenes de su generación. Su primer opúsculo en verso, “Bajo tu Ventana” (1902), es endecha de amor, gárrula e ingenua, exornada de todas las flores retóricas del ya exhausto romanticismo. Un cronista decía entonces, a guisa de elogio, que se revelaba como un buen discípulo de Roxlo... Felizmente para el porvenir literario de Frugoni, tal vaticinio, aunque explicable entonces, debería ser negado posteriormente.

Sus dos libros siguientes: “De lo más Hondo” (1904) y “El Eterno Cantar” (1907), prosiguen todavía el camino inicial, aunque en progresiva liberación de la trivialidad florida y la retórica impersonal de los comienzos. El segundo de los libros nombrados es todavía un libro netamente romántico, pero de un gusto más sobrio y afinado, y acaso algo tocado por la influencia del rubendarismo, que ya sobresaturaba el ambiente literario de Hispano América.

Después de ese libro transcurrieron diez años, en los que el poeta gárrulo dejó su lugar al político de robusta elocuencia. En ese tiempo, la mentalidad del joven romántico y madrigalista que hasta entonces sólo cantara batallas de amor y fantasía, sin preocuparse de las duras realidades del mundo, experimentó un cambio radical. Le atrajeron imperiosamente los problemas sociales y se convirtió a las doctrinas marxistas, emprendiendo la organización del partido socialista uruguayo, del cual ha sido desde entonces *leader* parlamentario y callejero.

Adiestrado en la prédica diaria del club y del mitín, y en la dialéctica de los debates parlamentarios, Frugoni ha llegado a ser uno de los oradores de mayor prestigio popular y académico, dentro y fuera de su partido. Su oratoria aduna a la cálida elocuencia, de tono vibrante y emotivo, rica en metáforas, y nutrida de vasta cultura sociológica, una gran claridad de conceptos y un desarrollo lógico admirables, — igualmente eficaces en la arenga improvisada de la Plaza pública como en el discurso del Ateneo.

En 1916 reaparece el poeta, con la publicación de “Los himnos”, volumen de cantos civiles, o más exactamente socialistas, en los que campea la misma elocuencia tribunicia de sus discursos. El valor literario de estos poemas es menor que el de su significado *político*, ya que su carácter les hace especialmente

aptos y eficaces para la declamación en actos de propaganda; pues sábase ya que la elocuencia oratoria no es un valor en la poesía.

Pasaron luego siete u ocho años de nuevo alejamiento de las musas, (no hablamos de las de carne y hueso, que según Darío son las mejores...) años de áspera lucha política, en el club, en la prensa, en la cámara, años en que la verba del tribuno se prodiga en multitud de discursos, y la pluma en ristre del periodista arremete en artículos innumerables. Y llega, al fin, con todo, la época en que Frugoni produce su mejor obra literaria, obra de la equilibrada madurez de su vida, fruto de la experiencia de su sentido estético. Y fruto también de su obligado ocio político; pues, hacia 1920 los *comunistas*, diciéndose marxistas netos, representantes doctrinarios del espíritu de la Tercera Internacional de Moscú y asistidos por el espíritu de Lenin, *se alzarón con el santo y la limosna*, es decir, arrearon con todo el electorado de Frugoni y hasta apropiáronse la imprenta socialista que él — hombre de cierto capital... — había regalado al partido... El *leader* de la víspera se quedó sin gente; y, *vox clamatis in deserto*, desenfundó para consolarse la pluma del poeta que tenía abandonada en un cajón de su despacho, como cosa superflua. De 1924 a 1927 — en que volvió a la carga política, rehaciendo su partidito — Frugoni dio a la estampa tres libros de poemas: “Poemas Montevideanos”, “Bichitos de Luz” y “La Epopeya de la Ciudad”.

“Bichitos de Luz” es a modo de un *intermezzo* lírico entre los otros dos libros de motivación más objetiva, en los que el poeta canta a la ciudad, así en lo que ésta tiene de dulce sabor tradicional y añejo, como en lo que tiene de áspero dinamismo futurista... En el fondo de su psicología, Frugoni sigue siendo el mismo romántico de sus primeros tiempos; pero ahora sólo como expresión de un temperamento, no como modalidad literaria. Su romanticismo temperamental se ha librado por completo del viejo énfasis y se ha despojado de la retórica; reaparece hablando en un lenguaje simple y condensado. La evolución de la lírica hispano-americana en el sentido anti-retórico, alcanzó a Frugoni en el momento más propicio de su producción. El solo título “Bichitos de Luz”, ya es todo un síntoma, por no decir un signo. Algunos años antes — bajo el imperio pomposo de Rubén — ningún poeta, ni el mismo Frugoni, hubiera querido usar título tan humilde; y este libro se hubiera titulado necesariamente “Luciérnagas”.

Es en “Poemas Montevideanos” y en “La Epopeya de la Ciudad” (Nuevos Poemas Montevideanos), donde la personalidad literaria de Frugoni llega a definirse con rasgos propios y su producción adquiere valer positivo en las letras uruguayas. En ambas series de composiciones, Frugoni logra realizar una obra hasta entonces inédita en nuestra lírica: la poesía de la ciudad, y más precisamente, la poesía de Montevideo. Pues, ha sabido Frugoni, como poeta de esta ciudad, captar y expresar el rasgo típico y emotivo a la vez de cada aspecto de la vida montevideana, ajustando la nota de color con la vibración lírica.

En cierto sentido puede decirse que la poesía de Frugoni, en estos libros, es también nativista, a su modo, ya que cabe perfectamente el concepto de un nativismo urbano y moderno... Así, desde los acostados muelles del puerto a los mercados apetitosos, desde las apretadas y tumultuosas calles céntricas a los tranquilos barrios suburbanos, desde las antiguas quintas señoriales a la amplitud luminosa de las playas, el urbanismo poético de Frugoni va recogiendo el carácter y la sentimentalidad de todos los aspectos montevidianos, y trasuntándolos en estrofas de modalidad sencilla, que, si a veces llegan hasta parecer simples apuntes, se hallan también muchas veces impregnados de una suficiente emoción estética para adquirir calidad y textura de poema.

Prima en "Poemas Montevidianos" la nota descriptiva, siendo todo el libro de una objetividad realista simple, y a menudo casi fotográfica, por lo cual, — aunado a la sencillez de la forma — suele caer un tanto en el prosaísmo. En "La Epopeya de la Ciudad" el tono lírico cobra mayor dominio sobre la simple objetividad; los motivos son también de suyo más finos, y son más trascendentes sus sugerencias; su valor poético, es, por ende, superior al primero. Podría decirse que es, aquel, el paseo a pie, por la ciudad, de un hombre munido de una kodak; o, mejor, de un pintor que fuera tomando apuntes en su cuaderno; éste, en cambio, es como un vuelo en avión sobre sus perspectivas; allí las cosas están vistas de cerca, al detalle; aquí en sus grandes líneas; en fin, si el primero tiene algo de la humildad burguesa de Copée, el segundo tiene algo de la soberbia de "Las Ciudades Tentaculares". También la expresión verbal es, en este segundo libro, más tensa y vibrante.

Pero en ambos libros hállase por igual, junto el poeta, el sociólogo. Aun en el primer caso, la ciudad no es nunca, para Frugoni, motivo de mera descripción pintoresca, ni en el segundo de evocación emocional. Su conciencia social y su idealismo humanitario le hacen ver tras cada perfil de las cosas, el dolor, la torpeza, o la injusticia de los hombres. Su Montevideo es así, a menudo, dulzura, claridad; pero es también, a menudo, sombra y drama; y ceño. Se percibe al socialista tras el poeta; pero es, el de estos libros, un socialismo discretamente filtrado — en general — a través del arte, de modo que — en los mejores casos — no desvirtúa el carácter poético.

También ha publicado Frugoni, en estos últimos años, dos libros en prosa: "Los Nuevos Fundamentos", escritos polémicos, de índole político-social; y "La Sensibilidad Americana" (el más reciente), estudios de crítica literaria sobre tendencias y rumbos de las letras en nuestros países. Campea en este libro de crítica la ideología sociológica del autor, interpretando los problemas literarios de América en el sentido de la virtualidad ética y del avance renovador; es decir, de aquel arte humano y social que quería Guyau, y que sigue siendo — a través de los años — el concepto estético del socialismo.